



Al Sur de

"En la próxima vida,

búscame

**Candela**

con más ganas..."

Andalucía



Katy Molina



Al Sur de Andalucía

&

Katy Molina

*1ª Edición, Enero 2017*

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones

establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

©2017 *by* Katy Molina González

©Autora independiente, obra publicada en Amazon.

Registrada en Safe Creative

“Me calaste tan hondo, que me

hice una transfusión de sangre para limpiar mí

corazón de ayer y llenarlo de presentes”



Katy Molina



## **Al Sur de Andalucía**

*“De madrugada, miré al cielo esperando que Alexander me sintiera tan cerca como yo lo sentía. No fue premeditado, el que me enamorara, simplemente sucedió sin darme cuenta”*

Verano del 2015, Junio.

Todo empezó una noche, me encontraba tumbada en el sofá de casa. De pronto, el móvil sonó con un mensaje en el Messenger de Facebook. Fueron unas simples palabras, “*Hola, buenas noches*”, escribió. A partir de ese inocente saludo comenzó la historia eterna entre un alemán y una andaluza.

Día a día, fuimos hablando y conociéndonos, sin prisas. Sin darnos cuenta surgió una bonita historia de amistad, una muy sincera y profunda, una que sin pretenderlo fui enamorándome cada día de sus palabras, de su voz y ternura.

Alexander, era un hombre complicado, tenía muchos problemas en la vida. Llegué como un remedio para su malestar, fui su luz en la oscuridad.

Durante casi un año estuvimos forjando una amistad especial, a pesar de la distancia, fuimos muy dependientes el uno del otro.

Mi pareja, era un buen hombre pero muy distinto a mí. En cambio, Alexander me daba todo lo que siempre deseé en un hombre. Se había convertido en mi secreto más personal e íntimo.

Nos llamábamos a todas horas, nos escribíamos e incluso chateábamos por Facebook, era un no parar.

Nos convertimos en una obsesión. Mi vida no me la imaginaba sin él, lo necesitaba y cuando por trabajo hablábamos menos me daba ansiedad de no poder escuchar su voz.

Muchas veces miraba a mi pareja queriendo que fuese tan atento como Alexander. Dicen que nuestra media naranja ronda en algún lugar del mundo queriendo encontrarnos. La encontré pero demasiado tarde.

Santiago, así se llamaba mi pareja, no tenía ni idea de mi relación con el alemán. Sufría cada día sintiéndome una mala persona, estaba mal lo que estaba haciendo. Él no se merecía que le fuera

infiel de pensamientos, pues no lo podía ser de otra manera, la distancia era un inconveniente.

Día a día fui engañándome, me decía a mi misma que mi pareja era buena para mi vida y que lo que sentía por Alexander era simplemente atención.

La relación con Santiago estaba muerta de amor desde hacía mucho tiempo y yo no quería verlo pero el problema no era el alemán sino mi ceguera. Sin darnos cuenta, la pasión se había acabado. Si tengo que ser sincera, creo que nunca la hubo, solo nos acostumbramos a estar juntos. Llevábamos saliendo desde el instituto, él había sido mi primer todo y



nunca tuve otra opción.

Alexander era distinto, se preocupaba por mi bienestar, me dedicaba palabras dulces y tiernas. Era mi todo y mi nada, pues no lo tenía a mi lado. Cuando lo conocí, su vida era un desastre y no confiaba en las personas. Por mi carácter andaluz desinhibido, supe sacarle del pozo. A distancia, con un simple teléfono, conseguí darle esperanza y luz a su vida. Le aporté felicidad y que sonriera a la vida.

La mía se complicó muchísimo, pasé las horas pensando en Alexander, soñaba con abrazarlo. Un día, mi pequeño, así me gustaba llamarlo cariñosamente, me

confesó que se había enamorado de su mejor amiga, esa era yo.

Me quedé muda, llorando, sin saber que contestar. Le hubiese dicho que yo también lo amaba pero no podía. Querer es fácil, lo difícil es expresarlo. No pude decirle la verdad, no quise hacerle daño. Hablé con él para convencerlo de que estaba confuso. Tuve que decirle que había confundido los sentimientos, que la soledad hacía que nos sintiésemos confusos a la hora de recibir un poco de cariño. Se me encogió el corazón al recordar como negaba e insistía. Al final, tuve que decirle que no olvidara que tenía pareja y que no complicara más las cosas. Recuerdo con

anhelo el último mensaje de buenas noches que le escribí y que en el último momento borré “*En la próxima vida, búscame con más ganas*”.

Ese día fue definitivo para que mi corazón lo reconociese como mi mitad perfecta. La amistad siguió y Alexander se contuvo en sus sentimientos. Hasta que llegó el día que una mujer cambiaría nuestros destinos, ella sería el detonante para desatar la tormenta del sufrimiento.

Alexander se obligó amar, era un hombre consumido por la soledad, con una familia egoísta y una vida dura. Necesitaba tener a alguien a quién abrazar, besar y sobre todo que lo

quisiese con libertad.

Creí que animarlo a conocer mujeres, traería un equilibrio a lo nuestro pero me equivoqué. Ahí empezaron los problemas.

Ella se llamaba Lorena, una mujer tres años mayor que él, divorciada con dos niñas y buena persona. Esa era la única información que tenía acerca de aquella mujer misteriosa.

Desde el minuto uno la envidié, nunca había sentido lo que era tener celos hasta ese momento. La razón era muy simple, quería ser Lorena, deseaba abrazarlo, besarlo, saber a que olía y compartir sus días.

La ansiedad y los celos jugaron un papel importante, me volví más posesiva, quería saberlo todo sobre su relación. Solo se estaban conociendo y a penas hablaban a causa del trabajo. Noté a Alexander más distante y eso me volvió loca. Él seguía queriéndome, decía que era su mundo, su único amor pero no podía competir con mi pareja. Estaba siendo egoísta, lo sabía pero por alguna razón no podía evitarlo, me había enamorado de mi mejor amigo.

La relación continuó, pero ya no habían palabras cariñosas, ni conversaciones íntimas, éramos dos colegas que habían encerrado los sentimientos en la cárcel de nuestros corazones.

La vida siguió su curso y mi relación fue a peor. Me había dado cuenta que nunca lo había querido y de pronto deseé tener otra clase de vida. No me quería sentir encerrada en una jaula y que el tiempo y la edad me consumiesen. Debía tomar una buena decisión si no quería ser una desgraciada. Me armé de valor y dejé a mi pareja. Ha sido lo más duro que he hecho en mi vida, le rompí el corazón, pues me di cuenta que me amaba cuando las lágrimas corrieron por sus mejillas. La vida, a veces, es una noria que gira y gira sin darte tregua.

Me fui del piso de alquiler que compartíamos en Málaga y me mudé a mi Cádiz, a mi tierra natal. Mi hermana

Samara me acogió en su hogar. Estaba felizmente casada con Manuel, mi cuñado, tienen una niña preciosa de cinco años que se llama Estrella.

Dejé todo atrás por un amor imposible, pues todavía no le había dicho nada a Alexander, se le veía tan ilusionado con Lorena que no quería ser yo la razón de su desilusión. Se merecía ser feliz. En realidad esperaba que cogiese un avión y se plantara en Cádiz y que mi mundo volviese a tomar rumbo. Pero era improbable ya que no sabía de mi situación.

Efectivamente, no fue así, ¿me equivoqué al dejar a mi pareja? No, no

lo hice. Creo que Alexander fue un ángel que cayó del cielo ofreciéndome la oportunidad de saber que era estar enamorada.

Esa fue mi historia, hoy en día sigo viviendo con mi hermana, sigo hablando con mi alemán favorito y sigo siendo un corazón solitario.

Me había salido trabajo en un comedor escolar sirviendo almuerzos a los niños más pequeños. Alexander seguía dándome los buenos días por mensaje de texto y a lo largo del día hablábamos de la rutina. La relación se había enfriado un poco, lo notaba. A penas me hablaba de Lorena, mi pequeño siempre había



sido más consciente que yo de mis sentimientos hacia él. Lo único que pretendía era evitar más daño.

Por la tarde, me llevé a la pequeña Estrella a la playa a jugar con las olas del mar. Sentada en la arena, el móvil sonó, era Alexander.

— Buenas tardes, bombón — utilizaba ese término cariñoso para dirigirse a mí — ¿qué tal tu día?

— Bien, ahora estoy con la niña en la playa, Estrella necesita salir a jugar al aire libre.

— ¿Todavía está tu hermana en Málaga?

Acababa de meter la pata, le había dicho hacia unos días que Samara había venido a verme tras escuchar a Estrella gritando en una conversación telefónica pero la noche anterior le había dicho que se marchaban por la mañana temprano.

— Sí, se me olvidó decirte que se han quedado más días — dije rápidamente para salir del paso.

— Genial, así pasas más tiempo con tu familia.

— Tú... ¿qué tal con Lorena? — La curiosidad me pudo.

— Bien, es estupenda, una persona

formidable. Ahora tenemos más tiempo y nos vemos más.

—Me alegro por ti — era una media verdad.

Estuvimos hablando un rato más de nada en particular, siempre me sacaba una sonrisa. Al colgar, me dio un pellizco en el corazón y sin poder contener las lágrimas, lloré.

Alexander me había contado que había besado a Lorena y que le había gustado. Odié a esa mujer sin razón, ella había probado su esencia y yo solo podía imaginarla.

Los días pasaron y mi luz se fue

apagando, no tenía ganas de nada. Samara me animaba con buenos consejos para que continuara con mi vida. Me decía que había sido muy valiente en dejar a mi pareja si no la amaba pero que no forzara las cosas con Alexander. Ella no creía en los amores de las redes sociales, no comprendía cómo me había enamorado de una voz.

Para mí era más que eso, me sentía completa desde que lo había conocido. Nunca nadie podría sustituir al alemán. Aquel día, recibí un mensaje de texto de mi ex pareja. Decía que había empezado a salir con Susana, una amiga de la infancia. Me alegré mucho por él, me quedé más aliviada al saber que su

sufrimiento se había acabado gracias a Susana.

Le mandé un mensaje de texto

*<<Santiago, deseo que seas muy feliz con tu novia y espero que algún día me perdones. Nunca fue mi intención hacerte daño>>*

Le di a enviar, sin darme cuenta que le envié mensajes a Alexander. La respuesta no tardó en llegar, me llamó a los cinco minutos muy cabreado. Todavía no sabía que me había equivocado al mandar el mensaje.

— Hola Alex — contesté como si nada.

— Cuando pensabas decirme que habías

roto con Santiago, ¿por qué me lo has ocultado?

Miré rápidamente el móvil, efectivamente me había equivocado de destinatario, ya no tenía secreto y excusa.

— Lo siento, no quería condicionarte con Lorena. Estás muy ilusionado y...

— ¿Dejaste a tu novio por qué estás enamorada de mí? — preguntó con voz angustiada.

— No, lo dejé porque se acabó el amor — mentí.

— Bombón, sé que he tenido la culpa, si

yo no hubiera sido tan...

— Tan bueno conmigo, tan buen amigo, que a pesar de no conocernos en persona me quisiste sin esperar nada a cambio — las lágrimas ya se desbordaban en mis ojos tristes.

Me desahugué con mi amigo, le conté casi todo, no podía decirle la verdad. No podía contarle que lo amaba. No debía, yo le había empujado a los brazos de otra mujer para que se sintiera vivo y no solo. No era justo que en su mejor momento viniera a exigir mi lugar, no porque él no lo había reclamado conmigo poniéndome entre la espada y la pared.

En la puerta de casa de mi hermana, sentada en el porche con la apuesta de sol escondiéndose en el horizonte, recibí un mensaje de texto de mi querido alemán <<*En la próxima vida, búscame con más ganas*>>

El corazón me palpitó muy rápido, pues ese mismo mensaje le había escrito hacía un tiempo. Estaba segura que no se lo había mandado, solo podía significar que los dos pensábamos igual. Odié al destino, a la vida, como era posible que dos almas gemelas que se habían encontrado, no pudiesen estar juntos.

La pregunta que me hacía era si tanto Alexander como yo estábamos



dispuestos a dejarlo todo por amor, por qué no estábamos juntos, no tenía respuesta. Tal vez, no era suficiente el amor y la honestidad, qué fallaba, había algo que no lograba entender. A veces, en la soledad de la noche, me preguntaba si todo era un sueño y esos sentimientos en realidad no existían, si no que eran un mero espejismo.

Acabó el año y con el mi relación de amistad, no podía sufrir más, necesitaba seguir con mi vida e intentar ser feliz con lo que la vida me había premiado.



Fue mi primera pelea con Alex, no entendía mi actitud, me suplicó que no me alejara de su vida, que me necesitaba, que siempre seríamos amigos pero mi corazón debía respirar o acabaría por morir mi alma.

— Bombón, por favor, no te alejes. ¿Por qué me haces esto?

— ¡No puedo más!, ¡No lo soporto!

— ¿Qué ocurre?

— Tu relación con Lorena...

— ¿Qué pasa con ella?

— Nada, soy yo, llevo amándote en

silencio desde que me confesaste que me querías — no lo aguanto más, no sé como soportabas mi relación con Santiago.

— No lo hacía, simplemente me resignaba.

— Entonces me aguantaré — casi no podía hablar, esperaba que dijera las palabras mágicas pero no llegaron.

— Lo siento Candela, pero estoy conociendo a Lorena, no puedo romperle el corazón, no sería justo.

Colgué. No quería seguir hablando, lo había dejado todo por un sueño imposible. Creí que correría a mis

brazos, él me amaba, éramos dos mitades perfectas, dos almas enamoradas.

Que había cambiado en tan poco tiempo, ¿todo había sido una ilusión? No lo comprendía, pues la vida me había dado una valiosa lección. El amor es felicidad y dolor, esas dos partes iban unidas, una no coexistía sin la otra.

Alexander era mi hombre, el corazón no engaña pero tal vez yo no fuera su mujer. La decepción dio paso a la distancia. Elegí la regla del hielo, congelé mis sentimientos para poder avanzar y poco a poco fui alejándome sin que se notara.

Verano del 2016, Junio.

Un año ha pasado, un año sin saber de mi alemán. Me fui sin dar explicaciones. Tuve que hacerlo, él me empujó. La decisión la tomé cuando me confesó que se iba casar con Lorena. Mi maltrecho corazón sangró aquel día y se quedó vacío de por vida. He intentado conocer a otros hombres pero no he podido volver a sentir. Incluso hoy en día, sigo anhelando un beso suyo, una caricia, unas palabras de aliento.

Todavía lo amo y creo que lo haré el resto de mi vida.

Hace unos meses que me compré una bonita casa junto a la bahía de Cádiz. Dejé el trabajo del comedor y pude

realizar mi sueño de ser escritora. Gané un concurso literario con mi novela “Al Sur de Andalucía”, una bonita historia de amor entre un alemán y una andaluza. Ya que no tuve ese final feliz que tanto deseé en el pasado y que hoy en día sueño.

La editorial Titania me publicó el libro y fue récord de ventas. Hoy en día tengo contrato laboral y sigo realizándome como escritora.

Un sábado por la tarde, fui a una librería para la presentación de mi novela, a firmar libros, en mi ciudad, en mi querida Cádiz. Me siento emocionada, nunca pensé que llegaría tan lejos con

una novela inspirada en una historia real.

Samara me acompañó a la firma, estaba demasiado nerviosa como para ir sola. Me sentaron en una mesa para atender a los lectores. Aquel día fui feliz, sentí calor en mi corazón de hielo por dos cosas muy distintas, una por la cantidad de gente que acudió y otra porque mi corazón palpité por un hombre. Unas manos gruesas y trabajadas me entregaron mi novela. Levanté la mirada y me encontré con unos ojos azules como el mar del Caribe. Al cruzar nuestras miradas, me sonrió mostrándome esa bella sonrisa. Por un segundo, me quedé embobada. Le

devolví la sonrisa, la mía nerviosa.

— ¿A nombre de quién lo firmo? —  
pregunté con timidez.

— Derek Heber, por favor.

Deslicé el bolígrafo sobre la hoja casi  
temblando, le dediqué unas palabras  
*“Para Derek Heber, que el Sur de  
Andalucía te brinde felicidad”*.

— Gracias — dijo recogiendo el libro.  
Sin planearlo, nuestras manos se tocaron  
y saltaron las chispas.

Vi alejarse a Derek con un bastón de  
apoyo, cojeaba de una pierna. Sin darme  
cuenta, mi corazón se descongeló un



poco. Era hermoso volver a sentir, el calor de los sentimientos es la mejor medicina para el desamor. Nunca pensé que pudiera volver a sentir. Mi pena era que probablemente no volviera a verlo.

Aquella noche, terminé la firma de libros sobre las diez. Samara al verme radiante de felicidad, se alegró por mí. Ella había sufrido mis silencios llorosos. Feliz, me invitó a una copa de vino en un bar que quedaba justo al lado de la librería.

Pedimos dos tintos y brindamos por el éxito. Todo era casi perfecto, solo faltaba alguien que iluminara de luz mi camino. Después de dos copas y unas

risas, dimos por terminada la velada.

Al salir del restaurante, tropecé con el bordillo de la puerta principal. Iba a caer al suelo sino llega a ser por unas fuertes manos que rodearon mi cintura. Sobresaltada me giré y me encontré con aquella mirada glacial que calentaba mi corazón, era Derek.

Mis mejillas ardieron por la vergüenza, fui a darle las gracias pero mi boca se secó y no salía sonido alguno. Me olvidé incluso de mi pobre hermana que nos observaba con una sonrisa pícaro. Fue un instante, uno muy íntimo.

— ¿Se encuentra bien? — preguntó preocupado.

— Candela — dije atontada intentando decir mi nombre.

— ¿Cómo dice?

— Candela, me llamo Candela. Por favor, no me tutee.

— De acuerdo — sonrió — te encuentras bien, Candela.

— Sí, gracias a ti. Podía haberme comido el suelo.

— Ha sido un placer volver a ver a mi escritora favorita. Estoy de viaje de placer, serán unos días y espero volverte a ver.

No supe que contestar, me quedé muda. Todo estaba siendo muy rápido. Pero Samara lo fue más, sacó una libreta del bolso y anotó mi nombre y mi número de móvil. Se acercó y se lo dio a Derek. La miré asombrada por su descaro y feliz de que tuviera más valor que yo.

— Mi hermana ha bebido un poco más de lo cuenta, disculpa su falta de juntar dos sílabas seguidas y por supuesto, estará encantada de tomar un café contigo— me cogió del brazo y tiró de mí dejando atrás a un Derek sorprendido y sonriente.

Esa noche soñé con Derek, “*me encontraba en un lago y de las*

*profundas aguas como un Dios Griego surgía Derek con el torso descubierto. El oleaje lo atraía hacía mí, hasta rozar mis labios, los cuales le robaron un beso. Al abrir los ojos, me encontré con el rostro de Alexander”* . Me desperté sobresaltada y sudada. Dicen que el primer gran amor no se olvida jamás, muchos pasarán y te harán feliz pero el gran amor es aquel que te transporta a un nivel que ni siquiera los versos de Antonio Gala pueden compararse. Es algo que se siente y no se puede explicar con palabras.

A la mañana siguiente, trabajando frente al ordenador en mi próxima novela, “Sexo, Orujo y Flamenco”, recibí un

mensaje de texto. <<*Candela, te invito a tomar café. ¿Te gustaría?*>> casi grité de alegría, estaba deseando recibir un mensaje de Derek. Los nervios invadieron mi alegría provocando ansiedad.

Dejé el ordenador encendido y subí las escaleras de dos en dos. Debía darme prisa para arreglarme. Una vez en la ducha y llena de jabón, me di cuenta que del mismo entusiasmo no había contestado al mensaje.

Grité histérica, salí con la toalla liada al cuerpo y mojada. Casi resbalé en el piso, bajé las escaleras a la carrera y llegué al salón buscando el móvil.

Samara pasó por mi lado y me lo entregó negando con la cabeza. Me quedé mirándola sin saber qué hacía allí.

— Candela, céntrate, es un buen partido  
— dejó un plato de lentejas y se marchó.

Miré el móvil y vi que mi salvadora había contestado por mí hacia diez minutos, sonreí agradecida.

Samara había venido a dejarme un plato de comida, siempre que cocinaba guisos me incluía en el menú.

Mi hermana era mi ángel de la guarda, siempre estaba cuando más se la necesitaba.

Subí a mi habitación y terminé de arreglarme, al mirarme al espejo vi mi sonrisa bobalicona. Me quedé absorta mirando mi reflejo, no recordaba la última vez que vi mi rostro iluminado. Me gustó volver a sentir esa sensación de cosquilleo en el estómago.

Llegué al “Café Paris”, mi hermana se había ocupado en decir la hora y el lugar. Era una cafetería acogedora con sofás muy cómodos para conversar. A Samara le encantaba ese café, le recordaba a su serie favorita, “*Friends*”.

Entré nerviosa y vi a Derek sentado al final del local leyendo un periódico. Era



un hombre atractivo, físicamente era apuesto, tenía el pelo corto y rubio, unas arruguitas de expresión asomaban adorables.

Para mí era perfecto. Levantó la vista del periódico, parecía que hubiese sentido mi presencia. Una bonita sonrisa se dibujó en su cara y a mí me temblaron las piernas.

Sin desviar la mirada de la suya llegué. De inmediato, se levantó como el galán que era y me dio dos besos. Olía a canela, me gustó su aroma personal. Nos sirvieron dos capuchinos y estuvimos hablando toda la tarde sin descanso. Parecía que nos conociésemos de toda

la vida.

Nos gustaba la misma música, las mismas películas e incluso los mismos platos de comida. Derek era una persona muy divertida y entretenida. Era un libro abierto, se podía conversar de cualquier cosa con él.

— ¿De dónde eres? — pregunté.

— Alemán, soy rubio de ojos azules — bromeó — ¿has estado alguna vez?

— No, nunca. Del sur de Andalucía nunca me he movido. Soy una mujer simple, sin grandes aventuras en su vida.

— No, creo que eres brillante e

interesante.

— Gracias, Alexander — contesté sin darme cuenta. Me puse colorada.

— ¿Quién es Alexander? — preguntó con una sonrisa.

— Nadie — contesté avergonzada.

— Candela, no temas. Si lo has nombrado tuvo que ser alguien importante en tu vida o lo es.

— Lo fue, era alemán como tú, creo que mi memoria lo relacionó y por eso lo nombré. Disculpa, no era mi intención.

— Tranquila Candela, no importa. ¿Era

tu ex pareja?

— No, éramos muy amigos y sin darnos cuenta nos enamoramos. Lo dejé todo por él.

— ¿Y qué pasó?

— Nos olvidamos con el tiempo, él conoció a una buena mujer y yo perdí mi tren.

— ¿Todavía lo amas?

— Nunca se deja de amar a alguien, ¿no?

— No, nunca — contestó pensativo.

No hablamos más del tema, creo que se dio cuenta que me afectaba demasiado. Seguimos conociéndonos con típicas preguntas. El tiempo pasó volando. Llegó la hora de marcharse. Derek fue todo un caballero, me acompañó hasta mi casa. Iba a invitarlo a entrar pero era arriesgar mucho en la primera cita. Aunque me moría de ganas por robarle un beso.

No hizo falta que hablara, Derek fue más rápido. Se acercó a mí y me besó. Mil mariposas explotaron en mi vientre, me emborraché de su esencia y quise más. El alemán se apartó y besó mi frente para despedirse.

— Buenas noches Candela, ha sido un placer.

Se dio la vuelta para marcharse pero lo interrumpió las ganas de seguir a su vera.

— ¿Me llamarás? — fue un ruego.

— Como podría no llamarte, claro que si bombón.

El corazón se descongeló del todo y bombeó con fuerza. Me acababa de llamar igual que Alexander. No podía tener al amor de mi vida pero me conformaría con alguien similar.

Ilusionada, esa era la palabra, así me

sentía. Llamé a Samara para contarle mi velada y acabé triste, pues ella era la voz de mi consciencia. Se alegró por mí pero me recordó que era un turista y aquí a unos días se marchaba. Mi hermana me había animado a salir simplemente para que tuviera vida social y dejase de lamentarme por mi vida. Al final acabaría sufriendo de nuevo, mi corazón se quedaría desolado otra vez.

Ella tenía razón, debía proteger mi corazón para que no acabase igual que con Alexander. No aguantaría dos golpes. Me acosté llorando, era injusto, parecía que el universo estuviese en mi contra.

Solo sé que la razón, a veces, pierde contra los sentimientos, así fue. Sabía que Derek se marcharía dentro de tres días. Tenía dos opciones, apartarme para proteger mi corazón o vivir. Elegí la segunda.

Así que me armé de valor y le mandé un mensaje, le invité a comer a casa. Debía aprovechar hasta el último momento de su estancia.

Aceptó gratamente, preparé rabo de toro. Siempre se me había dado bien cocinar.

Llegó la hora y ansiosa esperé su llegada. Fue puntual y eso me gustó de él. Me saludó con un beso en los labios



que hizo que me derritiera y estremeciera. Me robó el aliento, me quedé sin palabras.

Fuimos al comedor y serví los platos, me miró entusiasmado frotándose las manos. Había acertado con la receta. Comimos con una agradable conversación, pasamos buen rato y descubrimos muchas cosas que teníamos en común.

Serví el café, me envalentoné y le pregunté sobre el bastón que llevaba a todas partes.

— ¿Cómo te hiciste la lesión? — pregunté acercándole la taza.

— Hace dos años y tres mese tuve un accidente de tráfico muy grave. Los médicos no daban nada por mí, estuve a las puertas de la muerte pero finalmente no vino a buscarme. — Se quedó pensativo antes de continuar — después vino lo más duro, no podía caminar. Los doctores decían que no volvería a caminar, no me daban esperanzas.

— ¿Y cómo conseguiste andar? — estaba sorprendida por su recuperación, era un orgullo de superación.

— El amor, esas fueron mis ganas de querer levantarme. Conocí a un ángel en una noche oscura en la soledad de la habitación del hospital. Sus palabras me

dieron ganas de recuperar mi vida y su amor.

Quise vivir para estar con ella.

— Eso que dices es muy hermoso, Derek — tuve que aguantar las ganas de llorar — ¿Dónde está ella?

— Se fue...

Fue su última contestación, no quise seguir, pues entendía su dolor. Éramos dos almas, que en el pasado, nos habían hecho daño la persona que habíamos amado con locura. Tal vez el destino nos hubiese puesto en el mismo camino para arreglar nuestros corazones.

Cambié de tema para alegrarle y estuvimos hablando de nuestras familias. Me equivoqué, no se llevaba bien con su padre, su madre había fallecido hacía tiempo y tras su muerte su padre se había vuelto a casar. Derek nunca aceptó aquel suceso, su relación entre padre e hijo era escasa por no decir nula.

Sonreí forzada, la velada iba de mal en peor y sin pensar en las consecuencias me lancé a besarlo. Fue mi perdición más perversa. Una vez empecé no pude parar.

Hacía tanto tiempo que no intimaba con un hombre, que casi lo devoré. Me coloqué a horcajadas encima de él y me

dejé llevar por la pasión y las ganas de que me amasen aunque fuera una noche.

Lo hicimos allí mismo, en el sofá. Fue cariñoso, atento y tierno. Al terminar, me quedé entre sus brazos recuperando el aliento. Me estaba volviendo a enamorar sin darme cuenta y a decir verdad era maravilloso.

Los tres días pasaron demasiado rápido como un amor de verano. Sin pensar en las consecuencias del dolor de la separación, nos dedicamos cada minuto a disfrutar de nosotros mismos.

Me sentí feliz, realizada al igual que cuando hablaba con Alexander. Creí no volver a sentir amor. Me equivoqué, a

veces, el destino nos sorprende sin más.

Las historias de amor se escriben sobre lienzos utilizados con anterioridad, la mayoría de las veces es mejor que el primero. A mí me sucedió, estaba dispuesta a todo para no dejar escapar ese tren.

El último día, con la caída del sol, paseamos por la orilla de la playa cogidos de la mano. Derek era perfecto, un hombre atento, cariñoso y con un corazón que no le cabía en el pecho. Nos sentamos en la arena y así poder despedir el día.



— Nuestra última noche... — dije con pesar.

— He de volver a Alemania, todavía me queda una última operación en la pierna y espero poder deshacerme del bastón. El dolor es insoportable y no puedo estar toda la vida con morfina. — me quedé a cuadros ante tal confesión. No tenía ni idea. — Candela, solo serán un par de meses.

Me entró el pánico.

— Dos meses es mucho tiempo y yo...

— cerré los ojos y quise decirle que lo dejaría todo y que me iría sin más pero el recuerdo de Alexander invadió mi mente. El miedo fue más fuerte, era terror a que me utilizaran, a que me mintieran y todo aquello provocaba inseguridad en mi persona tomando malas decisiones. La realidad era que no quería renunciar del todo a Alexander, siempre había tenido la esperanza de que volviese a mi vida. Todavía lo amaba, aunque Derek también se había colado en mi corazón. Me di cuenta en ese instante que estaba preparada para sentir y ser feliz pero no estaba preparada para darlo todo de mí y dejar atrás mis raíces.



— Candela, has sido el aire fresco que necesitaba, una cura que anhelaba para superarme de mis miedos, eres maravillosa y si todo sale bien y el destino nos deja, volveré a tu lado. Te lo prometo — me hizo una promesa sincera y mi corazón lo quiso un poco más.

Aquella noche, la luna lloró por dos enamorados que sin más remedio, debían decirse adiós. A petición de Derek, nos despedimos al amanecer entre besos y caricias. Antes de cruzar el umbral de la puerta de entrada y despedirse me dijo <<*al sur de Andalucía me enamoré de dos luceros, fui amante del aroma a jazmín y adicto a los besos de Candela*>>

Me besó con dulzura, fue un beso intenso y a la vez amargo, pues una vez más mi corazón quedó desolado.

Nueve meses después...

— ¡Candela!, enhorabuena, es una niña preciosa — habló Samara entusiasmada.

Lloraba sin consuelo con mi niña en brazos, era un trocito de mí y de Derek. A las tres semanas de su marcha empecé a sentirme mal cada mañana. Fui al médico de cabecera con mi hermana y fue cuando descubrí que estaba embarazada.

Samara gritó de alegría en la consulta mientras que yo lloraba. Había una

razón, llevaba sin saber del alemán desde que se marchó. Preocupada por si le había sucedido algo, llamé por teléfono y nunca contestó. Todo había quedado en un espejismo como con Alexander, fue bonito mientras duró.

— Es mi Bombón, así se llamará — me acordé de la única palabra que relacionaba a mis dos amores, “Bombón”.

Así llamé a mi hija a pesar de las protestas de Samara, pensó que me había vuelto loca.

Mi vida de alguna manera se llenó de luz, mi pequeña se convirtió en mi único

amor y mis días fueron felices a pesar que en la soledad de la noche añoraba, por igual, a Alexander y a Derek. Era curioso, pues parecían la misma persona.

Una tarde, paseaba por la bahía de Cádiz con el graznido de las gaviotas de fondo y el olor a sal marina.

Me encantaba esa sensación de sentir el aire salado en la cara. Me senté en un banco a descansar, la pequeña dormía plácidamente en el carro.

El móvil sonó con un mensaje de texto. Lo cogí y lo abrí, era de un número desconocido, decía

<<*Cásate conmigo*>> el corazón me fue a mil, no entendía nada y a la vez deseaba que fuera Alexander o Derek.

De pronto, sentí el aliento de una persona en mi oído, me susurró <<*Hola, bombón*>> me giré llorosa y a punto de gritar Alexander pero no, era Derek. Sonreí temblando de la cabeza a los pies y con los nervios a flor de piel.

Definitivamente, Derek era mi destino y el padre de mi hija. Me lancé a sus brazos sin importar que me hubiese tenido nueve meses sin saber noticias tuyas. Le golpeé en el pecho con rabia por no haber dado señales de vida.

— ¿Por qué? — exigí saber.

— Candela, la operación se complicó, mi cuerpo no aguantó la anestesia y estuve siete meses en coma pero aquí estoy de nuevo.

— Dios mío — cogí su cara entre mis manos — ¿Por qué no me llamaste al despertar?

— No podía, ni siquiera sabía si podría salir adelante, nunca he querido ser una carga para ti. En cuanto me dieron el alta, reservé el primer vuelo para el sur de Andalucía. Tú eres mi mundo, Candela y sin ti no puedo vivir.

— Derek... — si alguna vez tuve alguna duda sobre el amor de Derek se esfumó en ese momento. Me di



cuenta que era tan importante como Alexander había sido, y supe que en la vida se podía amar a tantas personas como el corazón te permitiera — sí, sí quiero — contesté a su mensaje y petición de matrimonio.

Una bonita sonrisa se dibujó en su cara, me abrazó tan fuerte que casi nos fundimos, nos besamos sellando nuestro futuro. Todavía quedaba algo importante, presentarle a Bombón.

— ¡Vaya!, que preciosidad — Derek se acercó al cochecito al percatarse de la

presencia de la pequeña

— Samara a tenido otro bebé, fantástico.

— No es de mi hermana, es mi hija.

— ¿Tu hija? — me miró blanco pensando en lo peor.

— Sí, mi hija — sonreí disfrutando de ese momento. Se merecía sufrir un poco por todas las noches de soledad que pasé estando embarazada.

— ¿Quién es el padre?

— Tú, Derek, tú eres el padre — su cara fue un poema de asombro y felicidad. Dos lagrimones corrieron por



su cara — me quedé embarazada y aunque no te tuve a mi lado, seguí con el embarazo. Bombón es mi corazón y mis ganas de vivir.

— Candela... lo siento... yo...

Silencié su boca posando un dedo en sus labios, no hacía falta disculparse por haberme regalado una hija maravillosa. Nos miramos enamorados y nos besamos haciendo saltar las chispas del corazón.

Mi historia no acabó aquí, todavía quedaba un capricho del destino. Llegó el día de la boda, estábamos tan ansiosos por casarnos que a los tres días de nuestro reencuentro, nos casamos por

el juzgado y más tarde, a las dos semanas, hicimos una boda simbólica en la playa, a la hora del crepúsculo.

Escribimos nuestros propios votos para hacerla más íntima. Samara hizo de testigo. Todo en mi vida era casi perfecto, salvo por la espinita que llevaría el resto de mi vida, no era otra que Alexander.

— Derek, tus votos por favor —  
intervino Samara.

Me agarró las manos y besó cada una, me acarició emocionado y empezó hablar.

— En la próxima vida, búscame con

más ganas.

Casi me desmayo de la impresión, me faltaba el aire, no entendía nada. Solo una persona me había dicho aquellas palabras, había sido Alexander, mi mitad perfecta que quedó atrás en el tiempo. No existían tantas coincidencias en la vida, no podía ser. De repente, mi mente quedó invadida de momentos y palabras vividos con Derek tan similares a las de Alexander.

— No puede ser... — físicamente eran distintos. Lloré de rabia, pena y felicidad.

Mi hermana se preocupó por mi estado no entendía nada. Sentí una mezcla de

sentimientos en mi vientre que no me dejaban pensar con claridad. Derek no podía ser Alexander, ¿o sí? Me miró emocionado de ver mi reacción.

— Candela, me llamo Alexander Derek Heber. La foto que te mandé como Alexander era de un amigo, me daba miedo que me vieras físicamente, por aquel entonces no pasaba por mi mejor momento. Jamás te abandoné, siempre estuve ahí, cuidando de ti. Nunca hubo una Lorena, así se llamaba mi excusa, cobardía, no quería que tuvieras que cargar con un lisiado. Nunca pensé que volvería a caminar y cuando te vi en la librería no tuve valor para decir la verdad. Me sentía tan mal, por haberte

alejado de mi vida que tenía la necesidad de volver a verte, por eso viaje al sur de Andalucía, solo quería contemplarte en la distancia pero tú... te fijaste en mi y eso me indicó que tal vez tuviera una segunda oportunidad. Estuve a punto de decirte la verdad aquella noche en tu casa en la que me confesaste tu dolor por Alexander pero no pude, yo era el causante de tu sufrimiento. Tuve miedo de perderte, de que no me perdonaras. Candela, bombón... dime que me amas...

Levanté mi cara ensartada en lágrimas y lo miré, una sonrisa boba de nerviosismo apareció en mi cara.

Miré a Samara que nos miraba llorando como una magdalena. Entonces encontré mi voz y pude hablar.

— Siempre fuiste tú, nunca hubo otro — la espinita en mi corazón desapareció y noté como desaparecía esa presión que me ahogaba. — la distancia nunca fue un impedimento para amarte, si no te tuve cerca para desvelarte a besos, nunca olvidé soñarte... — confesé enamorada.

— Te soñé cada noche sin descanso — habló Alexander — hasta que mis ganas de besarte hizo que el destino nos concediera esta vida para amarnos.

FIN

## Agradecimientos

Simplemente quiero dar las gracias a todas mis lectoras y seguidoras. Este relato es para vosotras y os lo dedico con todo el amor de mi corazón. Sin vuestro apoyo no sería posible que Katy Molina existiese como autora, nunca me cansaré de dar las gracias.

Feliz día de San Valentín, que vuestros corazones estén dichosos de amor en vuestra vida.

Puedes seguirme en mi perfil de Facebook.

<https://www.facebook.com/profile.php?id=100013888992743>

Patrocinado por la tienda online de productos eróticos El Secreto de Cupido. Puedes seguirlo en este enlace.

<https://www.facebook.com/El-secreto-de-Cupido-911176065647381/>



## **Biografía**

Katy molina nació en Barcelona en 1983, de familia andaluza. Apasionada de la cultura, la historia, las letras y la arqueología.



Toda una vida soñando con ser escritora y poder transmitir con su humilde pluma sus creaciones tan diversas. Una mente brillante y delirante, capaz de crear personajes diversos y hacerte sentir parte de la historia.

Su primera obra fue “Red Púrpura”, una novela presentada a concurso y de género negro y sobrenatural (vampiros, licántropos y humanos). Después sacó una antología de veinte “Relatos Eróticos”, su pluma más sensual. Los lectores la conocerían por su gran obra serie “Cruce de Miradas” (cuatro libros). Lola, es el primer libro y la novela principal. Luego vendrían las historias de los personajes secundarios,

Dana segundo libro y Canalla cuarto, van enlazados. El último de la serie es Diana.

A finales del año de 2016, se atrevió a sacar un nuevo género erótico, creación absoluta de ella. Su seudónimo sería Katy Infierno y publicaría una antología erótica nada convencional, “Erótica Destroyer”, una marca que solo ella puede realizar con un toque perverso, humor negro, excitante e imaginativo.

Actualmente, está preparando su próxima novela, “Sexo, Orujo y Flamenco” como Katy Molina, una comedia romántica donde tratará el maltrato de la mujer, un tema delicado

que lo narra con respeto. Una mezcla de humor negro, erotismo y drama englobado en la comedia.

Solo cabe decir que “El Viaje de Azahara” es su novela más cultural, fue presentada al concurso literario 2016 de la diputación de Córdoba quedando a las puertas pero que por fin vio la luz y compartió con sus lectores.